

Estudiar la historia de Asia*

Gianni Sofri

Si bien la situación ha mejorado notablemente en los últimos años, aún hoy, en nuestros libros de texto de historia, las culturas extra-europeas aparecen sólo esporádicamente; a lo sumo cuando se trata de los momentos de contacto con una población europea o con solitarios individuos europeos. China, por ejemplo, hace su aparición cuando Marco Polo se dirige a ella, y América centro-meridional cuando llegan los españoles. Aparte de algunas acotaciones acerca del establecimiento de colonias portuguesas en los siglos XV y XVI, y luego, al empezar el comercio de esclavos del área sub-sahariana, sólo se habla de África a partir del siglo XIX, y en algunas ocasiones sólo de su exploración y luego de su completa repartición entre las potencias europeas a fines del mismo siglo. Japón aparece a fines del siglo XIX, cuando se “occidentaliza”. Para reencontrarse con China, hay que esperar hasta la Guerra del Opio. Y así sucesivamente. Los pueblos árabes del Mediterráneo conocen una suerte mejor porque su historia se entrecruza continuamente con la europea, más allá de la meridional, pues durante el Medioevo alcanzan Poitiers (Francia), y sus herederos turcos Viena, en 1783, mientras que las correrías de los corsarios berberiscos llegan hasta Suiza.

Entonces, árabes aparte, las culturas no europeas aparecen en los libros de historia como la bella durmiente de la fábula, a la que sólo el beso del prín-

* Véase <http://www.foroplanetario.com.ar/docs/Articulos.php?IdArticulo=51> El presente texto es una introducción escrita por Gianni Sofri al capítulo 27, “Asia”, incluida en *La historia contemporánea*; realizada por varios autores coordinados por Paolo Pombeni, editorial Il Mulino, segunda edición, Bolonia, mayo de 2000. Se publica con la autorización del autor y de la Società editrice il Mulino, Bolonia, Italia, quienes amablemente accedieron a su traducción y publicación en *Estudios del Hombre*.

1. http://www.columbia.edu/cu/english/orals/Indian_novel.htm (Consulta: 26/10/2009.)

cipe europeo, llegado de lejos, induce el despertar. La metáfora se justifica también por el hecho de que el “sueño” —o el estancamiento, la inmovilidad, la lentitud...— de aquellas sociedades antes de su contacto con los europeos, constituye una convicción difusa o, mejor dicho, un prejuicio duro de erradicar.

En realidad, nadie podría pretender que se estudiase en nuestras escuelas la historia de Asia o de África con los mismos alcances y en la misma escala que la de Europa, y la historia de esta última a la misma escala que la italiana: la historia se estudia siempre a partir de sí mismos. De todos modos hay un problema de nuevos equilibrios, especialmente en un momento histórico como el actual, donde la mundialización de la economía, de la cultura, de los modos de vida, se encuentra frente a nuestros ojos, y donde las otras culturas, en forma de inmigrantes —tunecinos, senegaleses, filipinos o somalíes— llegan hasta a nuestras casas.

Es probable que un mal conocimiento o desconocimiento de la historia y de la cultura de otros pueblos se convierta en la premisa más peligrosa de cada forma de etnocentrismo y de racismo; aún más cuando viene acompañada de la idea de que en los otros pueblos la historia está ausente: que ellos están, de algún modo, privados de personalidad, sobre todo si se comparan con nosotros los europeos.

Historiadores, sociólogos y economistas, se han interrogado durante mucho tiempo sobre las causas que han determinado la expansión de la pequeña Europea y la difusión de su poderío en todo el mundo, entre el siglo XVI y el fin de la Segunda Guerra Mundial. Entre ellas han sido evocadas: el inicio del modo de producción capitalista, la revolución científica, un espíritu de conquista derivado, más o menos, del antecedente de las Cruzadas, la superioridad militar —por otro lado discutible y discutida, al menos antes de la mitad del siglo XIX—, una buena dosis de falta de escrúpulos y otros motivos, grandes y pequeños, ninguno de los cuales logra constituirse en explicación monocausal. Consta el hecho que Europa ha dominado buena parte del mundo por un período que puede ser estimado entre ciento cincuenta años y cuatro siglos y medio, según los criterios que sean utilizados: un paréntesis histórico apreciable, aunque sólo un paréntesis, lo que no justifica idea alguna de la supuesta superioridad europea.

En los siglos de aquel periodo que nosotros llamamos Medioevo, cuando los europeos tenían un gran miedo de atravesar las columnas de Hér-

cules, árabes, yemenitas, persas, hebreos, armenios e hindúes navegaban en el Océano Índico, recorriéndolo con naves de todo tipo. A partir de textos de los historiadores, la novela *El esclavo del manuscrito*, del escritor hindú Amitay Ghosh¹ evoca aquellos lugares y tiempos en modo asaz, eficaz y fascinante. Entre los estudiosos, nadie duda que hasta el fin del Medioevo, hindúes, chinos y árabes estaban más evolucionados –para usar un término moderno– que sus contemporáneos europeos. Es conocido, por otro lado, que justamente de China e India llegaron a Europa en la misma época –a menudo con la intermediación de los musulmanes–, buena parte de las ideas científicas e innovaciones tecnológicas que luego harían posible la gran revolución científica de los siglos XVI y XVII. Muchas veces, en el caso de las ideas filosóficas y científicas, se trató esencialmente de un regreso, pues los musulmanes habían salvado obras e ideas de la Grecia antigua, perdidas en Occidente durante el ocaso del imperio romano.

En tiempos de Marco Polo, se reportó que la ciudad china de Hangzhou contaba al menos con un millón doscientos mil habitantes, mientras que la rica Venecia apenas tenía su décima parte –más que ahora, de todos modos–, y la más populosa ciudad europea, París, poseía aproximadamente doscientos mil. Alrededor de 1400, Nanjín era probablemente la ciudad más grande del mundo; fue luego rebasada por Beijing, que mantuvo la supremacía por cerca de dos siglos, siendo superada a su vez por un breve periodo, hacia 1700, por Constantinopla. El ascenso de las ciudades europeas se debe, naturalmente, a la revolución industrial.

Si bien hacia 1850 Londres había desbancado a Beijing del liderazgo de las ciudades más grandes, figuraban entre las diez más pobladas del mundo: cuatro ciudades chinas, más una hindú (Mumbai), una japonesa (Edo-Tokio) y Constantinopla. Medio siglo después, en 1900, entre las diez mayores ciudades del mundo sólo se cuenta una asiática, Tokio. Hoy en día, un siglo más tarde, ese panorama cambió: además de la declinación estratégica de Europa, aparecieron movimientos demográficos, transformaciones tecnológicas y productivas, así como problemas ecológicos. Este paréntesis se ha cerrado: las metrópolis mundiales vuelven a estar fuera de Europa, desde

2. Paul Valéry (1871-1945) <http://www.epdlp.com/escritor.php?id=2389> (Consulta:

Tokio a Seúl, desde San Pablo a Yakarta, desde Mumbai a Nueva Delhi, desde El Cairo a la Ciudad de México.

ALGUNAS ADVERTENCIAS PARA QUIENES QUIERAN
ESTUDIAR EL ASIA CONTEMPORÁNEA

No nos dirigiremos aquí a los aspirantes a orientalistas, cuyo currículo formativo implica estudios lingüísticos, literarios y artísticos específicos, entre otros, sino a los jóvenes estudiosos de la historia contemporánea en general, que de todos modos deseen ocuparse de Asia de manera incluyente, donde un evento ocurrido en Singapur o en Argel puede influir en la economía de una región italiana o en el orden público de París. ¿Con cuáles problemas podrán encontrarse estos hipotéticos jóvenes estudiantes? Intentaremos aquí señalar algunos de ellos.

EUROCENTRISMO Y GEOGRAFÍA

A pesar de que en nuestros días parezca evidente, no se puede evitar partir de un consejo: cuidarse del etnocentrismo, que es un riesgo siempre al acecho cada vez que nos ocupamos de culturas diferentes a la nuestra. Veremos a continuación que existe el riesgo opuesto, o sea, el de sobrevalorar las diferencias. Un primer punto que debemos tener siempre presente es que etnocentrismo y eurocentrismo se esconden en todas partes, a veces insidiosamente.

Mirar desde lejos —pero no demasiado...— induce a errores de perspectiva. Por ejemplo: postular una afinidad en la relación que une en Europa a Francia, Alemania, Italia, etcétera, —incluida Rusia misma— y aquella que en Asia une a China con Japón, Indonesia o Vietnam. Aquí las dimensiones reclaman sus propios derechos. Europa, decía Paul Valéry² en 1931, no es más que una pequeña península occidental del Asia. Sus pueblos hablan idiomas afines, sus historias están a menudo entrelazadas, sus costumbres —a pesar de las diferencias regionales— tienen mucho en común. Un portugués,

26/10/2009.)

tanto como un italiano, un francés o un polaco, puede leer *La guerra y la paz*, presenciar una tragedia de Shakespeare, escuchar una sinfonía de Schumann, observar una pintura de Rafael o de Rembrandt y sentirse como en casa en cada uno de estos ejemplos. O sea, puede sentirse “europeo”. A un hindú, en cambio, Confucio le parecerá la expresión de otra cultura –de otro “mundo”–, y lo mismo ocurrirá en el sentido opuesto para un chino frente a un escritor hindú como R. K. Narayan³ o Salman Rushdie.⁴

De este modo, “Asia” es un concepto mucho más vago que “Europa”. Es, además, un concepto de origen europeo: Asia era para los griegos una parte de lo que hoy es la costa turca –Asia Menor– y desde ahí, por extensión, todo lo que se encontró luego en dirección del este. Casi todos los términos geográficos que utilizamos para esa parte del mundo son europeos, aun más, eurocéntricos. Por ejemplo Cercano Oriente, Medio Oriente, Extremo Oriente: vecino, medio, extremo, ¿respecto de quién?; desde luego, para nosotros, europeos. El origen europeo de su cultura ha hecho que los americanos también acogiesen esta terminología: si bien falsa en su caso, los americanos pueden ir al Extremo Oriente viajando hacia el oeste. Por otro lado, algunas partes de Asia, como Filipinas, por ejemplo, además de Oceanía, fueron alcanzadas por los europeos que llegaban desde el este –españoles o ingleses–, pues habían partido desde puertos de México o Perú o, atravesado el estrecho de Magallanes.

Por lo tanto, un japonés jamás pensará en sí mismo como en un “extremo-oriental”: su percepción del mundo es distinta. El término Asia, en cambio, se ha afirmado más bien como expresión geográfica y no como el sentimiento de una pertenencia cultural: hoy en día, y lo veremos, las cosas están cambiando también en este terreno. Asia oriental, meridional, central, sur-este de Asia, ya son expresiones utilizadas por los asiáticos mismos por su valor de indicación “objetiva” desde el punto de vista geográfico, de latitud y longitud.

3. Rasipuram Krishnaswami Ayyar Narayanaswami (1906 - 2001) <http://www.epdlp.com/escritor.php?id=3062> (Consulta: 26/10/2009.)

4. Salman Rushdie (1947) <http://www.epdlp.com/escritor.php?id=2244> (Consulta: 26/10/2009.)

LA “SABIDURÍA ORIENTAL”

Para complicar el panorama aparece una “experiencia de vida” europea, con una historia propia que va desde Arthur Schopenhauer a Hermann Hesse y a los contemporáneos, que han teorizado acerca de una “sabiduría oriental”. Pero, ¿de qué “Oriente” se habla? Otra vez nos encontramos frente a la presencia de más de un “Oriente”. Hay un mundo chino, uno musulmán, uno japonés, uno hindú, y hay otros mundos menores, en general más complejos. El “Oriente shiita”, iraní, no tiene nada en común con aquél de los sufíes de India septentrional. El budismo, nacido en India, se difundió hacia el sudeste y el noreste hasta el Japón, pero a donde sea que haya llegado, ha asumido formas peculiares: ayuda a la contemplación en el Tíbet y al enriquecimiento económico en el Japón. Hinduismo, Islam, taoísmo, budismo, confucianismo o sintoísmo, tienen pocas cosas en común, aunque a veces coexisten en la misma persona, y también, en ocasiones, han dado lugar a fenómenos de sincretismo en épocas y regiones definidas.

Cuando se habla de “sabiduría oriental”, viene a la mente la contraposición entre lentitud y velocidad, entre meditación y acción, entre la haragana serenidad y el estrés. En sus *Cartas Persas* (1721), Montesquieu⁵ pone la siguiente frase en boca de uno de sus imaginarios persas: “hace un mes que estoy aquí (en París) y no he visto caminar a nadie... los franceses corren, vuelan: las lentas carrozas asiáticas, el paso regular de nuestros camellos, los harían morir de un síncope”. Casi dos siglos después, al encontrarse en Londres, a Gandhi⁶ le parecía “medio loca” la gente que encontraba por la calle. No obstante, los valores de la lentitud, de la meditación, etcétera, también se encuentran en filones importantes de la filosofía de la Grecia antigua.

En contraste, ¿dónde colocar al Japón moderno pero también a China o a Singapur? Llenos de personas en movimiento a bordo de trenes metropolitanos de alta velocidad, etcétera. Ciertamente, el *Elogio de la Sombra*

5. Charles Louis de Secondat, señor de la Brède y barón de Montesquieu (1689-1755) <http://es.wikipedia.org/wiki/Montesquieu> (Consulta: 26/10/2009.)

6. Mohandā Karamchand Gandhā (1869-1948) <http://es.wikipedia.org/wiki/Gandhi> (Consulta: 26/10/2009.)

de Junichiro Tanizaki⁷, escrito tan sólo hace sesenta años, es un estupendo homenaje a las penumbras, los semitonos, los silencios... Pero, ¿cuánto de todo esto sobrevive en el Japón de hoy? Y si se redescubren actualmente las medicinas asiáticas –la acupuntura, el Ayurveda– y las predilecciones que éstas reservan a la prevención y al modo de vivir según la naturaleza, frente al recurso a complejas y a menudo riesgosas terapias, ¿cómo olvidar que encontramos el elogio de la *vis medicatrix naturae*⁸ en Hipócrates, el griego fundador de la medicina “occidental”?

En realidad, el tema de la “sabiduría oriental” es más bien un capítulo de la historia de la cultura occidental: aquél que recoge las desilusiones y las frustraciones, la extraordinaria vocación autocrítica, las ganas de escapar de sí mismo, el sueño de una luz que llegue del “Oriente”. Encontraremos, bajo el mismo encabezado, el mito del buen salvaje, el amor de los Ilustrados por los mandarines chinos, así como el de la nueva izquierda europea de los años sesenta por los Guardias Rojos, la admiración de Schopenhauer⁹ y de Hesse¹⁰ por la filosofía de la India y el tercermundismo que atribuye a otros las virtudes revolucionarias apagadas o fallidas en casa propia.

COLONIALISMO Y CONOCIMIENTO DEL ASIA

Obviamente, el colonialismo ha contribuido al conocimiento de Asia, al menos por el contacto que ha establecido –en algunos casos por vez primera– entre europeos y asiáticos. Pero no sólo por esto. En las últimas décadas del siglo XVIII, en India, los conquistadores británicos como el gobernador Hastings¹¹, en tanto que sinceros admiradores de la cultura hindú, hacían finan-

-
7. Junichiro Tanizaki (1886-1965) <http://www.epdlp.com/escritor.php?id=2348> (Consulta: 26/10/2009.)
 8. El poder curativo de la naturaleza.
 9. Arthur Schopenhauer (1788-1860) <http://www.epdlp.com/escritor.php?id=2280> (Consulta: 26/10/2009.)
 10. Hermann Hesse (1877-1962) <http://www.epdlp.com/escritor.php?id=1822> (Consulta: 26/10/2009.)
 11. Warren Hastings (1732-1818) <http://buscabiografias.com/cgi-bin/verbio.cgi?id=5745> (Consulta: 26/10/2009.)

ciar por la Compañía de las Indias, sociedades de estudios en las cuales se pueden encontrar los orígenes del orientalismo moderno y de la misma lingüística indoeuropea, aunque no siempre la vecindad física se vuelve, de por sí, factor que incrementa los conocimientos recíprocos.

Hay un tipo de relación que resulta ser una no-relación. Rudyard Kipling¹² ha sido definido como adalid del imperialismo; sin embargo, está sumergido de tal modo en la India de fines del siglo XIX, que nos aporta una imagen vivaz y rica de la misma, como lo reconocen muchos hindúes. En contrapartida, había ingleses que aun habiendo vivido por décadas en la India –y aun en algunos casos siendo nativos de ella– no establecían relaciones con hindúes, que no fueran empleados por ellos o que se encontraran dentro de sus dependencias, fuesen empleados domésticos o *maharaja*. En su *Pasaje a la India*, E. M. Forster¹³ describe muy bien esta situación de encierro total de los “residentes” que viven dentro de su comunidad, aislados, buscando recrear una pálida reproducción de la madre-patria, con los “prados a la inglesa” –aunque vueltos a Gran Bretaña querrán tener un “jardín hindú”...–, sus canchas de críquet o sus clubes exclusivos.

En ciertos puertos chinos –Shanghai, Tianjin– cada comunidad europea construye nostálgicamente un simulacro de la madre-patria. Así, es posible encontrar, a poca distancia, un castillo normando y una catedral gótica, o también una plaza de la Roma del rey Humberto. Un desafortunado muchacho inglés, Denton Welch,¹⁴ nace en Shanghai en 1915 y muere a los treinta y tres años como consecuencia de un accidente que le había arruinado la vida. Pero logra, no obstante, publicar dos novelas. En una de ellas, *El primer viaje* (*Maiden Voyage*, 1943), en buena parte autobiográfico, el joven protagonista vive en China sin siquiera darse cuenta, frecuenta a otros ingleses en salones *snob* y concurre a las subastas en los que se compite para adquirir porcelanas inglesas: “Estando en China –dice el joven– me divierte ver cosas que no son chinas”.

12. Joseph Rudyard Kipling (1865-1936) http://es.wikipedia.org/wiki/Rudyard_Kipling (Consulta: 26/10/2009.)

13. Edward Morgan Forster (1879-1970) <http://www.epdlp.com/escritor.php?id=1721> (Consulta: 26/10/2009.)

14. Denton Welch (1915-1948) <http://www.trazegnies.arrakis.es/cristina.html> (Consulta: 26/10/2009.)

Desde luego, de las personas o grupos humanos que tienen tales actitudes no se puede esperar una gran capacidad de compenetración del mundo cultural ajeno, sea éste hindú, chino o cualquier otro. Pero por un Ronny Heaslop del *Pasaje a la India* hay un Kipling. Para los muchos arqueólogos-aventureros que redescubrieron el camino de la seda, pero despojándola de muchos de sus tesoros que enriquecieron los museos de Berlín, Londres o París, encontramos también estudiosos como Owen Lattimore¹⁵ y Joseph Needham,¹⁶ entre otros, que han dedicado sus vidas al estudio y a la comprensión de la historia y de la cultura chinas. Y por cada Denton Welch hay un Edmund Backhouse¹⁷ —un simpático bribón estudiado, tal vez con excesiva maldad, por H. Trevor Roper¹⁸— un verdadero Zelig¹⁹ en China, que viste y vive como un chino, que alardea conocimientos, verdaderos o fantásticos, en la corte imperial y que impulsa su habilidad de falsificador, al punto de engañar a los mayores sinólogos contemporáneos.

En la novela *Kim*, de Kipling, el joven protagonista pasa continuamente de una cultura a otra, de la de los ingleses a la de los hindúes. Algo similar hará, muchas décadas después —en un contexto completamente diferente, estadounidenses esta vez— el protagonista²⁰ del filme de Arthur Penn, *Pequeño gran hombre*, vive siempre incierto entre la cultura de los blancos y la de la tribu india que lo adoptó. El punto de vista de Kipling es el de los dominantes, interpretado por el autor a la luz de una visión romántica y paternalista del imperio, y de su función emancipadora. Así, en la experiencia de Kim, el enriquecimiento cultural prevalece sobre las contradicciones y el trauma de identidad; no obstante, las dos culturas colaboran en su formación.

15. Owen Lattimore (1900 - 1989) <http://www.encyclopedia.com/html/L/Lattimor.asp>

16. Joseph Terence Montgomery Needham (1900 - 1995) <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/n/needham.htm> También http://en.wikipedia.org/wiki/Joseph_Needham (Consulta: 26/10/2009.)

17. El texto dice “William”; el título es *A Hidden Life: The Enigma of Sir Edmund Backhouse*, de Huhg Trevor-Roper, Londres, Macmillan, 1976; reimpresso como *Hermit of Peking: The Hidden Life of Sir Edmund Backhouse*, New York, Knopf, 1977.

18. Hugh Trevor-Roper (1914 - 2003) http://es.wikipedia.org/wiki/Hugh_Trevor-Roper (Consulta: 26/10/2009.)

19. <http://es.wikipedia.org/wiki/Zelig> (Consulta: 26/10/2009.)

20. Jack Crabb.

En obras más recientes, el pasaje de una cultura a la otra —o el quedar a medio camino entre ambas— se vuelve una prueba dolorosa. Es la experiencia de la pérdida de una antigua identidad y las dificultades para adquirir una nueva, exenta de traumas. Dicho de otro modo, relatar el punto de vista del más débil —el inmigrante o su descendencia— se torna tema de muchos escritores de origen hindú o de lengua inglesa, tanto como el del marroquí franco-parlante Tahar Ben Jelloun²¹, que en su novela *Con los ojos bajos*, cuenta la transformación —difícil, tormentosa y de todos modos incompleta— de una pastorcita berebere en una mujer moderna, integrada en la vida de la metrópolis.

LA “DIVERSIDAD” ORIENTAL

Por lo tanto, siempre es importante preguntarse, ¿con qué anteojos hemos mirado al Asia? De tanto en tanto, desde la antigüedad hasta nuestros días, los europeos han encontrado en el mundo asiático una ocasión para autoafirmarse en la diferencia y en el contraste, o bien, han buscado una respuesta a sus propios problemas, a la realización de un sueño o a la proyección de un deseo. Para Esquilo²², tanto como para Herodoto²³, Asia, específicamente Persia, era la tierra del despotismo, contrapuesta a la de la libertad; la tierra de los súbditos, por oposición a la de los ciudadanos. Nace entonces la idea-mito del Asia, destinada a durar hasta nuestros días. Una idea que pasa a través de Maquiavelo²⁴ y llega hasta los Ilustrados, donde el persa se ha vuelto turco, con un cambio de acento sobre el que volveremos, que es retomado por Friedrich Hegel²⁵ y a través del mismo por Karl Marx²⁶ y muchos de sus

-
21. Tahar Ben Jelloun (1944) <http://www.epdlp.com/escritor.php?id=1864> (Consulta: 26/10/2009.)
 22. Esquilo. En griego antiguo: ~~ἄσκιλος~~ Aiskhúlos (525-456) <http://es.wikipedia.org/wiki/Esquilo> (Consulta: 26/10/2009.)
 23. Heródoto (484-425) <http://es.wikipedia.org/wiki/Herodoto> (Consulta: 26/10/2009.)
 24. (1469-1527) <http://es.wikipedia.org/wiki/Maquiavelo> También <http://www.monografias.com/trabajos13/nicommaq/nicommaq.shtml>
 25. Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) <http://es.wikipedia.org/wiki/Hegel> (Consulta: 26/10/2009.)
 26. Karl Heinrich Marx (1818-1883) <http://es.wikipedia.org/wiki/Marx> (Consulta: 26/10/2009.)

seguidores, pero también de sus adversarios. Es la idea, antes que nada, de una especificidad del “Oriente”, de una historia y de una estructura social absolutamente distinta a las de Europa.

Se perpetúa, sobre todo, la caracterización de las tierras asiáticas como lugares de despotismo ilimitado, de mortificación total del individuo, de “esclavitud generalizada”, de la prevalencia de lo colectivo —el clan, la aldea, la casta— por sobre los derechos, la voluntad, los valores del individuo. Y por tanto, nace ya en Esquilo y en Herodoto la teoría que será conocida como “despotismo oriental” entre los siglos XVIII y XIX, y en sus variantes marxistas y marxistoides como “modo de producción asiático”. El debate que se desató de los excesos polémicos que a menudo lo han acompañado —sobre todo recientemente, durante los años de la Guerra Fría ideológica— aunque pueda parecer extraño o increíble, está todavía vivo y es actual en muchos aspectos. Se identifica parcialmente con el debate relativo a la relación entre continuidad y fractura en la historia de las grandes sociedades asiáticas. Un ejemplo: ¿cuánto hay de antiguo y tradicional en el “despotismo” y en el abuso de poder de la burocracia de Estado en la China actual, y cuánto la modernísima fábrica japonesa reproduce modelos familiares y sociales de una cultura profunda y enraizada?

Ante todo, hay otra actualidad en el mismo debate relativa a los derechos humanos y a la democracia en Asia. Quien postula una absoluta peculiaridad y originalidad cultural, histórica y social de Asia —como lo hacen hoy en día algunos líderes, sobre todo del sureste asiático, deseosos de dar sustancia cultural al concepto geográfico de “Asia”—, obviamente puede evocarlas en defensa de una “no universalidad” de los derechos. Resulta fácil ver cómo esta oposición a la visión occidental de los derechos humanos, de la democracia, de los valores del individuo —no hay que olvidar que se trata de una visión que aun en Europa se ha afirmado con esfuerzo durante los últimos dos siglos— es a menudo la bandera de los regímenes reaccionarios, autoritarios y militaristas, que abarcan desde la junta militar birmana hasta el autoritarismo marxista-confuciano de la República Popular China y el paternalismo autoritario de Singapur. Puede ser útil recordar que la represión de toda forma de oposición al régimen es hoy durísima: el más tenaz e ilustre entre los disidentes democráticos

chinos, Wei Jingsheng²⁷, se encuentra en prisión desde 1979, cuando tenía veintinueve años... Y que en los debates acerca de la pena de muerte en la ONU, Singapur, junto con otros países asiáticos y los Estados Unidos, lidera un potente *lobby* que defiende su mantenimiento.

El tema de los derechos humanos y de la democracia es muy debatido, y no sólo en Occidente, pues muchos demócratas asiáticos rechazan la idea de una peculiaridad de los “valores asiáticos”. Defienden la universalidad de éstos, oponiéndose valerosamente a los respectivos regímenes autoritarios y pidiendo a Occidente que no los abandonen. Piden a los representantes de la cultura europea que no reserven sólo para sí libertad y democracia, dejando de considerar a los otros merecedores o incapaces de las mismas, o renunciando a sostenerlas en nombre de un malentendido y oportunista “multiculturalismo”.

No obstante, si bien es cierto que aún hoy es posible encontrar en numerosas sociedades asiáticas los signos de aquella antigua diversidad, no se puede ignorar la aparición del consumismo occidental, la apertura de fronteras, las migraciones, la creciente circulación de ideas y todo aquello que hoy signifique globalización o mundialización, lo cual, quizá por primera vez en la historia, está produciendo una crisis de la unidad asiática que será pausada. Se trata de un proceso cuyos tiempos de maduración serán lentos, y probablemente acompañados por frenos y marchas atrás, dada la fortaleza e inercia de las antiguas estructuras económicas, sociales y mentales.

Hay algo más que decir sobre el modo en que los europeos han leído al Asia: siempre buscando la utilidad, sin privilegiar una auténtica voluntad de comprensión. A los ilustrados les gustaba su percepción de China. Les parecía la realización de su sueño del déspota ilustrado, aconsejado por una casta de intelectuales —los mandarines-burócratas—, cuyo papel correspondía más o menos al que ellos mismos hubiesen querido desarrollar —en algún caso lograron— al servicio de los soberanos europeos. A los ojos de los fisiócratas era atractivo que la economía del imperio chino se basara esencialmente en la agricultura. Dos siglos después, durante la Revolución Cultural, análogas identificaciones se hicieron sobre los Guardias Rojos desde los movimientos de la nueva izquierda europea y americana.

27. Wèi Jìngshāng (1950) http://en.wikipedia.org/wiki/Wei_Jingsheng También <http://www.geocities.com/CapitolHill/7288/fifth.htm> (Consulta: 26/10/2009.)

En cambio, India ha sido usada preponderantemente como el lugar privilegiado de la espiritualidad. A partir de Schopenhauer, pasando por Hesse hasta llegar a nuestros días, periódicas oleadas de entusiasmos por valores hinduistas y de huida a la India se han sucedido, en contraposición con la civilización materialista y economicista de Occidente. La relación de los europeos con la India tiene algo en común con la que tienen respecto del Islam: hay una fascinación por aquélla y por éste. Involucra a viajeros, estudiosos, hombres de religión y artistas, a Lawrence de Arabia²⁸, así como a Isabelle Eberhardt²⁹, que entre los siglos XIX y XX se convirtió al Islam, se vistió como hombre árabe y vivió en África experiencias insólitas.

La economía es uno de los terrenos en los cuales la diversidad asiática sufre su mayor crisis: la difusión del capitalismo, si bien con importantes diferencias regionales, contribuye enormemente a cierta homogenización. En realidad, la mayor parte de los países asiáticos se caracteriza por la coexistencia de lo viejo y lo nuevo, y su mutua influencia. Un ejemplo de lo nuevo se puede observar en la capacidad de la mayoría de los capitalismos asiáticos para evolucionar, al desarrollarse el mercado, sin que esto signifique la transformación de formas políticas autoritarias a maneras políticas liberal-democráticas. El ejemplo más significativo del primer tipo está representado por la India, donde todavía familias enteras viven aún, y mueren, en las aceras de las metrópolis, a poca distancia de centros de investigación y producción informática, que se cuentan entre los mayores del mundo.

Los éxitos de la homogenización, por otro lado, se manifiestan no sólo en la tecnología y la organización productiva o en los intercambios comerciales, sino que están presentes en la difusión de modelos culturales y de bienes de consumo, y en la utilización del tiempo libre. Por ejemplo, a Asia sur-oriental llegó la irónicamente llamada “coca-colonización”: jóvenes de varias razas, lenguas y culturas escuchan, con pocas diferencias, la misma música rock, visten las mismas playeras y el mismo calzado ágil y liviano de goma, fabricados, por otro lado, ahí mismo para el resto del mundo.

28. Thomass Edward Lawrence (1888-1935) http://es.wikipedia.org/wiki/Thomas_Edward_Lawrence También <http://www.temakel.com/velarabia.htm>

29. Isabelle Eberhardt (1877 - 1904) <http://www.viajeros.com/article504.html> (Consulta: 26/10/2009.)

Esta nueva homogenización es a veces acompañada por resabios de contactos precedentes: se dice que los últimos verdaderos caballeros británicos, *the gentlemen*, ya sólo se encuentran en los exclusivos clubes o en las canchas de críquet de la India o de Malasia.

La otra cara de la moneda está constituida por reacciones de identidad, del despertar de nacionalismos y particularismos étnicos y culturales. Si bien resulta imposible reducir estos fenómenos a una explicación mono-causal o asociarlos a una sola categoría, olvidando especificidades y diferencias, es indudable que entre los factores que provocan este fenómeno, que se cuenta entre los más inquietantes del fin del siglo, se encuentran los procesos de empobrecimiento cultural y homogenización a escala mundial.

CONOCER LAS CULTURAS

Desde *Le siècle de Louis XIV*,³⁰ de Voltaire, la historia no es ya la historia de reyes, embajadores, papas y generales, sino la de las “costumbres” —*les mœurs*—, o sea, la vida social y civil, la producción artística y cultural. Hoy en día nadie se atrevería a estudiar solamente la historia de los grandes personajes. Mejor dicho, se considera lícito hacerlo sólo dentro de una obvia división de estudios por disciplina o sector, donde, sin embargo, cada uno de ellos debe considerar los resultados de las investigaciones de los otros y, en consecuencia, los nexos que unen la historia política con la social, económica y cultural.

Una segunda conquista de la historiografía moderna está representada por la conciencia de los “distintos tiempos” que determinan las transformaciones de las sociedades humanas: tiempos breves y veloces en lo político, que tienden a auto-inmolar rápidamente sus propios temas; tiempos largos, de “larga duración”, propios de las costumbres, la vida familiar, las creencias religiosas, etcétera. Pero también aceleraciones imprevistas, como aquéllas que conciernen a las innovaciones tecnológicas, a los movimientos demográficos o al cambio de modo de vida durante los últimos doscientos años, luego de una secular lentitud.

30. Véase http://thales.cica.es/rd/Recursos/rd99/ed99-0314-01/ilust_fr.htm#VOLTAIRE (Consulta: 26/10/2009.)

En el caso de las sociedades asiáticas, resulta ilusorio pensar en comprender su evolución limitándose al terreno político: especialmente si se extiende, *sic et simpliciter*, a las concepciones de la política que se establecieron en Europa durante los últimos siglos. Religión, política y organización social son difícilmente distinguibles en el Islam. Pero también en el mundo hindú la religión ocupa un lugar cuyo papel no puede ser subestimado en cada aspecto y momento de la vida cotidiana. La misma sociedad china no sería comprensible sin tomar en cuenta la fuerte huella dejada en el ser y pensar dentro de una tradición milenaria, en la que la ética confuciana juega un papel hegemónico. Aun más, un ingeniero o un técnico japonés pueden pasar su jornada manejando los instrumentos tecnológicos más avanzados, pero no por ello olvidarán una serie de añejas experiencias ceremoniales propias de sus vidas privadas y públicas.

También la geografía tiene sus razones y a menudo las reivindica con fuerza, no tanto por el impacto del ambiente sobre la vida económica y social —menor hoy en día debido al poder de las nuevas tecnologías de punta— que permite a una región como Xinjiang industrializarse, sino porque deja sobrevivir, no lejos de las fábricas, una vida pastoral de ritmos ancestrales. Existe sobre todo un conjunto de tendencias geopolíticas de largo alcance que parecen superar, permaneciendo inalteradas, revoluciones y regímenes políticos. Ejemplo: la presión rusa hacia el sur del continente y el Océano Índico o la de China sobre Vietnam. No hay que olvidar que en estas tendencias la fuerza de los datos naturales se une al esfuerzo de los hombres, que ningún determinismo puede borrar.

UN BALANCE

¿Es posible trazar un breve y parcial balance de la relación entre colonizadores y colonizados en Asia? La respuesta no puede ser más compleja, sobre todo respecto de los resultados económicos de la dominación británica en la India. Una historiografía demasiado aguerida y diversificada en su interior lo ha discutido por décadas: por un lado, hindúes nacionalistas, moderados o marxistas, y, por otro, ingleses conservadores y filo-colonialistas, de índole marxista y revisionista. Unos sostuvieron que la economía hindú estaba

paralizada, y que en el largo plazo, por lo menos, la causa de su revitalización había sido precisamente la presencia colonial —una vez más el beso del príncipe...—, al introducirla, aun con fatiga, a la modernidad. Otros, desde un punto de vista opuesto, han sostenido que el subcontinente indio estaba conociendo, antes de la conquista británica, los albores de un desarrollo en el que establecimientos industriales de vastas dimensiones, especialmente en el ramo textil, habrían cumplido un papel importante. Por lo tanto, la llegada de los colonialistas ingleses habría representado una “desindustrialización” del país y por lo tanto su regresión. En efecto, la India había exportado a Europa sus preciados *chintz* y crinolinas, muy estimados por sus señoras, antes de que las manufacturas de Lancashire, con su producción mecanizada, de calidad inferior pero también de costo inferior, destruyesen en la práctica la actividad artesanal hindú, ya no competitiva. Desde entonces resultó una pauperización difusa, agravada en los resultados sociales por espantosas escaseces. Más aún. Existía una reorientación de la producción colonial —materias primas como el yute y el algodón, y plantaciones de té, entre otros— vuelta cada vez más a la exportación hacia la metrópoli y cada vez menos hacia las exigencias del mercado interno. Además, existió un continuo drenaje de recursos (el *drain*) de la “joya de la corona” para financiar actividades de mucho mayor interés para la Gran Bretaña; por ejemplo, la participación hindú en las dos guerra mundiales.

Por lo tanto, una fase de parálisis de la economía hindú y de su explotación en favor de Gran Bretaña parece innegable: India se transformó esencialmente en proveedora de materias primas y mercado para las manufacturas británicas. De todos modos, por lo documentado, es difícil saber si la economía hindú pre-colonial se encontraba realmente en los umbrales de una “revolución industrial”, inclusive si resulta lícito dudar de ello. Como contrapartida, en el curso del siglo XX, una producción industrial moderna, desde los establecimientos algodoneros hasta los metalúrgicos, obra de empresarios hindúes, pudo nacer y expandirse a partir de la independencia.

En el caso de los países del sudeste asiático es indudable su extraordinario desarrollo reciente. Éste estuvo ligado a factores coyunturales particularmente favorables, como la guerra de Vietnam, que ha hecho fluir capitales en toda el área, bienes e inversiones estadounidenses, hecho que de algún modo ha desmentido uno de los dogmas interpretativos de la vulgata marxista-ter-

cermundista de los años sesenta y setenta³¹: la imposibilidad del capitalismo de “desarrollar” un país atrasado, mientras que el desarrollo continuo de los países ricos es sólo posible y garantizado por el creciente subdesarrollo de los atrasados. Lo cierto es que hoy en día, medio siglo después de las independencias, a las dificultades en Europa corresponde una expansión sin igual en el área Asia-Pacífico. No hay que olvidar, por otro lado, una de las ventajas de quien llega en último lugar a la época de las tecnologías avanzadas, que puede comenzar enseguida, a partir de ellas mismas, capitalizando las experiencias acumuladas por los demás, quemando etapas ya superadas, pero todavía presentes, como lastres, en los países de industrialización temprana.

Pero la historia de las relaciones coloniales no está formada solamente por estadísticas económicas. Está formada también por intercambios culturales, por relaciones entre hombres y grupos de hombres. Una atención mayor sobre este problema permitiría echar nuevas luces sobre la oposición “Oriente”/“Occidente”. ¿Sería posible prestar mayor atención a la “circularidad”³² de las influencias para salir del esquema dominantes/dominados, en el cual los primeros se imponen en cada aspecto de la vida y los segundos sufren las consecuencias? Que la violencia va en un sentido único o casi único, ha sido, en efecto, una de las implicaciones fundamentales del colonialismo; la misma historia del colonialismo demuestra, sin embargo, que la violencia no es suficiente para conseguir resultados durables.

Se ha hecho referencia a las experiencias culturales en Europa de futuros líderes asiáticos. En particular la experiencia de uno de los más célebres, Mahatma Gandhi, contiene el ejemplo tal vez más significativo de la “circularidad” de las influencias referidas. Con poco más de veinte años parte a Londres en 1888. No es particularmente religioso, es vegetariano debido a una tradición familiar y porque prometió a su madre seguirla. Casualmente, entre los ingleses encuentra vegetarianos militantes y teosofistas, exponentes de una cultura que hoy llamaríamos “alternativa”. Éstos están enamorados de la India y su cultura, realizan viajes a ella y leen y traducen textos clásicos hindúes. Cuando, tres años

31. Entre otros, Samir Amin y André Gunder Frank. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/samir_amin También http://www.eumed.net/cursecon/economistas/gunder_frank.htm (Consulta: 26/10/2009.)

32. Tal vez sería mejor hablar de “redes”. (Nota de los compiladores.)

más tarde Gandhi parte de Londres, ha redescubierto sus propias raíces: es vegetariano por convicción profunda y buen lector de los clásicos del hinduismo, que sus amigos ingleses le sugirieron, aunque en los años sucesivos sus autores preferidos serán Lev Tolstói³³, John Ruskin³⁴ y Henry Thoreau.³⁵

Después de todo, “Oriente” y “Occidente” no son dos realidades radicalmente separadas, aisladas cada una y para siempre, y sumidas en su propia identidad: son dos o más mundos que se comunican. Lo han hecho desde siempre, incluso pese a la lejanía y en épocas de clausura; lo harán todavía más en una época de viajes, migraciones y transmisión de libros e ideas. Este hecho asesta un duro golpe a la postulación de la “desemejanza”.

¿Queremos llegar hoy en día, una vez más, a conclusiones refiriéndonos a Gran Bretaña y a la India? La primera es que la Gran Bretaña es un país en decadencia, con una estructura económica en parte obsoleta y con bolsas de pobreza. Aunque periódicamente celebrado en festivales, muestras, libros, filmes y telefilmes, el “imperio” es ya un recuerdo sujeto a nostalgias. La segunda, la India, no puede aún competir con los grandes estados en cuanto a su ingreso *per capita*, pero es un país en crecimiento. Los ingleses en India son ya relativamente pocos. Pero los hindúes, así como los paquistaníes, tamiles, singaleses, árabes y africanos ya son legiones en el Reino Unido; es más, constituyen mayoría en algunas ciudades. La gran literatura inglesa de los últimos años es en buena parte obra de no ingleses: V. S. Naipaul³⁶, Salman Rushdie, Amitav Ghosh³⁷, Kazuo Ishiguro³⁸, Hanif Kureishi³⁹, Anita Desai⁴⁰ y Vikram Seth.⁴¹

33. Liev Nikoláievich Tolstói (1828-1910) <http://es.wikipedia.org/wiki/Tolstoi> (Consulta: 26/10/2009.)

34. John Ruskin (1819-1900) http://es.wikipedia.org/wiki/John_Ruskin (Consulta: 26/10/2009.)

35. Henry David Thoreau (1817-1862) <http://es.wikipedia.org/wiki/Especial:Search?search=Thoreau> (Consulta: 26/10/2009.)

36. Vidiathar Surajprasad Naipaul (1932) http://es.wikipedia.org/wiki/Vidiadhar_Surajprasad_Naipaul

37. Amitav Ghosh (1956) http://en.wikipedia.org/wiki/Amitav_Ghosh
http://www.xlsemanal.com/web/articulo.php?id=16228&id_edicion=118

38. Kazuo Ishiguro (1954) http://es.wikipedia.org/wiki/Kazuo_Ishiguro
<http://www.epdnp.com/escritor.php?id=1851>

39. Hanif Kureishi (1954) http://es.wikipedia.org/wiki/Hanif_Kureishi
<http://mural.uv.es/dagoa/biografia.html>

¿No se podría hablar de una revancha, o por lo menos recordar que ya en otros tiempos *Graecia capta ferum victorem cepit*?⁴² En cualquier caso, “Oriente” está entre nosotros, los europeos. Y para liberarse de viejas fórmulas no hay ninguna necesidad de “revalorar” el colonialismo o modificar radicalmente juicios históricos y morales consolidados y justificados, sino buscar captar, en cambio, la extrema complejidad de un período histórico recién concluido pero que ya se abre a nuevos desenlaces.

Podríamos agregar que, según algunas previsiones, dentro de pocos años, más de la mitad de los restaurantes en el mundo serán de cocina china, a los que seguirán, con gran esfuerzo, los de pizza napolitana. Pero esta constatación sería un final demasiado frívolo para un drama que ha envuelto en todo el mundo, por dos o tres siglos, a millones y millones de hombres y mujeres.

40. Anita Desai (1937) http://es.wikipedia.org/wiki/Anita_Desai
<http://www.sawnet.org/books/authors.php?Desai+Anita>

41. Vikram Seth (1952) http://eltiempo.terra.com.co/cult/2006-01-29/ARTICULO-WEB_NOTA_INTERIOR-2717327.html También http://en.wikipedia.org/wiki/Vikram_Seth

42. Horacio (Quintus Horatius Flaccus), (-65/12/08 a -8/11/27) *Cartas* (c. -20 a -14) libro II, carta i, línea 156: “Grecia cautiva cautivó a sus feroces conquistadores”.

